

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE NI AMNÉSICOS NI IRRACIONALES (2019)

Danilo Martuccelli

UNIVERSIDAD PARIS-DESCARTES

Existe una tensión muy frecuente entre los analistas políticos. Algunos brillan en el análisis de coyunturas o en el estudio de las composiciones de los electorados, pero suelen ser poco sensibles a las tradiciones históricas y altamente alérgicos a la filosofía política. Otros, por el contrario —y entre ellos muchos de los más importantes teóricos— poseen innegables capacidades de inteligencia de lo político, pero formulan interpretaciones de escasa pertinencia tratándose de las coyunturas.

La importancia, ampliamente reconocida desde hace ya varios años (y seguramente por muchos otros años más) de la singularidad de la mirada de Alberto Vergara es que articula con brío, en cada uno de sus trabajos, las coyunturas y la historia, los eventos y las estructuras, la sincronía de los tiempos cortos (las fotos, dice en este ensayo) y la diacronía (las dinámicas de la historia). Sorpresa suplementaria: este talento se expresa por igual tanto en textos académicos como en columnas periodísticas, unos y otros animados por una escritura clara y ágil, con un envidiable uso de las metáforas y un auténtico genio por las fórmulas concisas y contundentes. Frases látigo: socarronas a veces, desenfadadas siempre, nunca chichas o ahoradas. Digamos que el autor, si me apuran, es un maestro del cochineo posmoderno.

Todo lo anterior explica no solo la oportunidad de la reedición de este libro, sino también su verdadero interés, como lo muestra el epílogo a esta nueva edición que permite pensar de qué manera sus categorías pueden utilizarse aún como brújula para interpretar la realidad política peruana actual. Más de diez años después de su primera publicación, el ensayo de Vergara sobre las elecciones peruanas de 2006 (escrito en un mes y medio, y publicado en 2007), no solo no ha perdido nada de su pertinencia inicial sino que, vaya paradoja, ha ganado en *actualidad*. ¿Cómo es posible?

[1.] Para comprenderlo es preciso insertar este libro en la trayectoria del autor. El lector tiene entre sus manos una de las primeras muestras de lo que es hoy en día una de las más importantes —y controvertidas— interpretaciones políticas del Perú contemporáneo. En este temprano

ensayo ya confluye lo que con el tiempo será la marca distintiva del autor: defender una tesis, descartar errores, plantear un diagnóstico, argumentarlo y sostenerlo metodológicamente, pensar con la historia, hacer de la interpretación una toma de posición. Veamos todo esto.

El primer libro de Alberto Vergara ya posee todas estas cualidades. Una coyuntura electoral, las elecciones de 2006, le sirve de marco, casi podría decirse de pretexto, para proponer en perspectiva histórica la primera formulación de lo que devendrá con el tiempo *su* interpretación de la realidad política peruana. Pero antes de entrar en ella, que el lector repare en el título: ni amnésicos ni irracionales. Es otro de los rasgos del autor —un polemista nato y un destructor de lugares comunes. Creo que pocas cosas le divierten más que deshacer (a veces solamente con una frase subordinada entre dos comas, o con una cita llena de humor de algún músico o cineasta) representaciones dominantes. En el caso de este libro, la afirmación tan frecuente en las elecciones de 2006 de un electorado popular (obviamente popular...) que, incapaz de racionalidad política (errático en sus opciones, sin conciencia de sus intereses) y desmemoriado en su juicio (sin recuerdo del colapso del primer gobierno de García), habría hecho una votación a nivel de sus capacidades. O sea, desastrosa.

Por supuesto, no es desmontar este prejuicio lo que le interesa al autor (lo que obviamente hace), sino comprender las razones de este voto. Comprender. En las ciencias sociales, el imperativo de la comprensión es un sinónimo de la curiosidad. Se trata de entender, dar cuenta, interpretar, algunos se atreverán tal vez hasta a decir explicar las conductas sociales. Ni excusar, ni condenar, sino comprender; volver familiar lo ajeno, inteligible lo que nos perturba o rechazamos. No hay genuinas ciencias sociales sin esta actitud desde la cual, en medio de sus pasiones, el intérprete se aboca a un trabajo de comprensión y desapasionamiento crítico de los debates.

Es justamente lo que propone este libro. Le apuesto al lector que, cuando termine de leerlo, no interpretará de la misma manera esas ya lejanas elecciones.

[2.] Para interpretar el resultado del voto de 2006, Vergara propone, más allá de lo que compete a los avatares de la campaña electoral propiamente dicha, un análisis multidimensional desde tres ejes. Los dos primeros son sincrónicos, el tercero diacrónico. Con el fin de restituir este libro en el itinerario intelectual posterior del autor me permitiré presentarlos alterando el orden secuencial de este ensayo, pero lo haré respetando a cabalidad sus contenidos.

Un primer eje ordena las posiciones electorales del período entre el Librecambismo y la Intervención estatal. Con la distancia que nos da una mirada desde 2019, lo importante es que, en su intento por darle inteligibilidad a esta elección, el autor propone ya en esos años salir del

candado interpretativo del economicismo. Las elecciones de 2006 no fueron solamente, y ni tan siquiera principalmente, un *match* entre el mercado y la intervención estatal. No es ni menor ni pasajero. Una de las cosas que mejor marca la mirada *política* de Vergara es su constante toma de distancia con respecto a los reduccionismos económicos. Creo que esto se transparenta en muchos de sus artículos periodísticos y en el impacto de estos en la opinión pública, pero también en lo que es subyacente a muchas de sus tomas de posición políticas o electorales. Sin duda que sus inclinaciones y preferencias no son equidistantes entre el Libremercado o el Intervencionismo económico, pero en lo que concierne a lo específico de su mirada política, no creo que esto sea lo decisivo. Lo esencial de su rechazo al economicismo es de otra índole e infinitamente más sustancial. Lo que se juega en ello, a sus ojos, es la inteligencia misma de lo político. Algo que lo vuelve intelectualmente extraño al marxismo y ajeno al libremercado hemipléjico. Supongo que hay lugares más confortables desde los cuales intervenir en el debate público peruano...

A este primer clivaje, el autor le añade un segundo eje, de índole histórico, al cual está consagrado lo esencial del presente ensayo: en él los actores se posicionan entre, por un lado, una perspectiva *posestadonacional* o globalización, y por el otro, una perspectiva *estadonacional* o nacionalismo. Tomando distancia del momento en el que los sucesos se producen —las elecciones de 2006—, el autor busca las razones interpretativas desde una perspectiva histórica o como lo expresa en este libro en interpretaciones que articulan el “pasado reciente y el futuro cercano”. La frase define mejor que muchas otras la inteligencia de sus análisis. No es nunca una historia inmarcesible —las sempiternas sombras del pasado en el presente— lo que busca, sino una inteligencia de las situaciones desde un marco ampliado de *significaciones* históricas. El presente se inventa y reinventa, a veces incluso se reedita, pero siempre desde y en tensión con las garúas del pasado y la neblina del futuro. Lo cual ni determina los carriles necesarios del presente ni permite predecir los futuros por venir. Pero sí permite dar con una inteligencia distinta y de mayor densidad de los eventos y sus decursos.

Llegamos así a una de las más constantes preocupaciones de Vergara: la formación del Estado y la Nación. En este libro, una vez situado el análisis en una perspectiva comparada, el autor otorga una función dirimente a los populismos desmembrados del Perú: sus impactos, herencias y rostros distintivos desde 1930 hasta la fecha. Un populismo desmembrado que busca legitimarse sustancialmente desde la eficacia (Sánchez Cerro, Odría o Fujimori); un populismo desmembrado con vocación nacionalista (Velasco Alvarado); un populismo desmembrado de vertiente institucional (Haya de la Torre y Belaúnde). Sin establecer ni filiaciones estrictas ni mucho menos determinismos, todos los grandes protagonistas electorales de 2006 son interpretados en función de sus

lazos con este marco, pero también en función del vigor diferencial de cada una de estas herencias y de las inflexiones que los candidatos supieron o no introducir o movilizar. El análisis no solo gana en densidad interpretativa, sino que también le da un protagonismo decisivo a las dinámicas históricas y a los actores.

Para Vergara es *imposible* comprender el Perú contemporáneo sin otorgarle toda la importancia que merecen las demandas por el Estado o la Nación. Es sobre esta base que diferencia entre actores — electoralmente mayoritarios— que están sobre todo animados por reclamos hacia el Estado y en aras de su plena inclusión en la Nación, y actores que, más urbanos que rurales, más limeños que provincianos, más privilegiados que pobres, expresan al menos tendencialmente demandas posestadonacionales. Todo este ensayo está orientado a mostrar al lector el espesor de estas demandas y su creciente actualidad.

El lector encontrará una preocupación similar en el libro *La danza hostil: Estado central y poderes subnacionales en Bolivia y Perú (1952-2012)* (Lima, IEP, 2015). Si en el presente ensayo se privilegian los lazos entre la vida política contemporánea y la tradición populista, en este estudio lo político se analiza en vínculo con la formación del aparato estatal y las élites. Se trata de la tesis doctoral del autor, publicada en forma de libro en el 2015, y que propone una comparación de los avatares del Estado central y de las élites regionales en Bolivia y Perú entre 1952 y 2012. Si esto se hace desde nuevas bases, con otro sustento empírico, con distinta metodología, arrojando nuevas luces, la cuestión es la misma: la formación del Estado y la Nación. En contra de interpretaciones que buscan establecer fuertes continuidades en lo que a la construcción del Estado-nación se refiere desde la posindependencia hasta la fecha, Vergara se muestra infinitamente más sensible a la evolución de las situaciones. Si seguimos su análisis, si en 1952 Bolivia tenía un Estado central fuerte y poderes subnacionales débiles la situación tiende a ser inversa en 2012; mientras que en el Perú casi en sentido opuesto, el Estado central no cesó de fortificarse durante esos sesenta años en detrimento de las élites regionales (sobre todo las del sur del país, principal objeto de análisis en ese libro). Como en Vergara la historia nunca está lejos de su interés por la política, esto lo lleva a diagnosticar, sin desconocer los primeros impactos económicos de la descentralización, la pérdida relativa del peso político de las élites regionales peruanas y tras ello una nueva ecuación del lazo entre política, Estado y Nación. Lo común y permanente: para Vergara es evidente que no hay comprensión de los fenómenos políticos sin inmersión en la historia.

Por último, en el análisis de estas elecciones existe un tercer eje, otra vez de tipo sincrónico que se establece entre la Ley y la Discrecionalidad. Esta dimensión tomará mayor relieve diacrónico en sus trabajos ulteriores y se convertirá en la línea central del análisis de *Ciudadanos sin*

República, publicado en 2013. Es, sin lugar a duda, el aporte más conocido de Vergara al debate político peruano desde inicios del siglo xxi. Su originalidad es por lo menos doble. Por un lado, a diferencia de muchos otros politólogos, no asienta nunca exclusivamente en la dinámica de la vida política a nivel de los partidos o las instituciones públicas, sino que lo hace en la ciudadanía, en su conciencia y sus demandas. Por otro lado, su mirada, a pesar del interés que otorga a las instituciones, es plenamente política y nunca moral. Como buen analista político sabe que la República es irreductible a la ética. La política tiene otras pasiones.

No lo subestimemos: incluso si este eje no está en el centro de la atención del ensayo de 2007, Vergara comienza su análisis por él. Con el tiempo la preocupación del autor por la Ley no ha cesado de densificarse y profundizarse abriéndose a todo un juego de sinonimias y matices con el Estado de Derecho, la Justicia, la República, la Ciudadanía — diagnosticando la oposición entre el éxito del proyecto neoliberal y el fracaso del proyecto republicano. Desde esta mirada, y con esta preocupación, ha entablado conversaciones con ciertos historiadores y cruzado lanzas con otros politólogos. Ha intentado sobre todo restablecer en el presente, mirando hacia el futuro, una tradición institucional republicana, muchas veces descuidada o incluso denegada en el país. Una tradición amplia, con aristas distintas, desde la división constitucional de los poderes hasta la virtud ciudadana pasando por muchas reformas institucionales, que, creo, si lo apuran y ante la necesidad de definirla, Vergara resumiría en la estricta sumisión de todos a la ley común.

El autor sabe bien todo lo que esta frase, en apariencia simple, supone. Es con este horizonte y desde esta tradición como flexiona sus intervenciones en el debate público: recordando la importancia del respeto de los contratos (no sólo económicos), la igualdad de trato por parte de las instituciones, el imperativo de las leyes. A muchos esto les parecerá sin duda en demasía institucionalista y poco concreto (o sea económico); para Vergara se trata del meollo de los desafíos del Perú actual. Y es esta perspectiva la que, con el paso de los años, da cuenta tanto de su optimismo, los ciudadanos-peruanos están por delante de las rémoras de su institución-República, como de su pesimismo, las instituciones-republicanas están alejadas de los ciudadanos. En breve y en clave: en las relaciones y desfases que analiza entre los ciudadanos y la República, cuando el autor es optimista conjuga los verbos en indicativo, cuando es pesimista en condicional.

[3.] La ilusión retrospectiva es siempre una trampa biográfica. Sin embargo, no creo contravenir a la verdad al afirmar que los grandes temas de Alberto Vergara —y de lo que constituye ya una genuina obra— están presentes, y no solo al estado bruto, en este primer y temprano ensayo. Hay autores que no tienen historia. Creo que en Vergara,

apasionado de la historia, todas las grandes problematizaciones de su obra están presentes desde sus primeros disparos.

Con un matiz. El orden de los factores sí altera la lectura. Si la perspectiva ciudadana y republicana define hoy mejor que otras las tomas de posición intelectual y política del autor, creo que lo más profundo de su mirada, y hasta me atrevería a pensar de su originalidad, reside en su inteligencia pasado-reciente y futuro-cercano del Estado y la Nación. En los mejores textos y pasajes de Alberto Vergara esto es no solo lo que densifica su mirada, sino lo que lo lleva a comprender y detectar los reclamos sociales y económicos en una perspectiva institucional. Los ciudadanos peruanos quieren un Estado que funcione y una Nación que los incluya. No son pasivos: tienen demandas hacia el primero, poseen definiciones heterogéneas de la segunda. Son racionales y tienen memoria; son conscientes de la importancia del crecimiento económico (sobre todo los más pobres), pero no piensan que este se reduzca al librecambismo o al extractivismo. Es lo que este ensayo de un por entonces muy joven politólogo muestra de manera convincente: en el Perú del siglo xxi, lo que se juega en las elecciones, y no solo en la de 2006, son las nuevas relaciones ciudadanas con el Estado y la Nación.

Todos los científicos políticos, sobre todo los más grandes, tienen pasiones políticas. Alberto Vergara las tiene como teórico de la política, intérprete de la realidad peruana, docente universitario o en sus columnas periodísticas. No es un actor político, pero sí es un actor —con mayúsculas— del debate político peruano. Esto implica que viva las tensiones inagotables entre el científico y el político. De esta ecuación, Max Weber ha dicho todo, salvo lo obvio, tal vez por su obviedad misma. A saber, que si los políticos y los intelectuales están expuestos a los mismos defectos (venalidad, dogmatismo, vanidad...), sus virtudes rara vez son similares. Lo que exige el trabajo intelectual en libertad y soledad se desdice muchas veces de lo que la vida social exige de los mejores políticos. Cada analista político, con sus armas y desde un lugar particular, afronta esta distancia, la amplía, la reduce, la vulnera a veces. Para ninguno, la elección es simple. Hasta hoy, contra viento y marea, y en medio de mareas y vientos, Vergara ha sabido enfrentar esta tensión y encontrado la justeza en sus travesías: comprometiéndose, explicitando sus preferencias, polemizando y argumentando, aportando interpretaciones nuevas.

Lo diré de la manera más simple posible: sea que el lector termine o no de acuerdo con sus posiciones, tiene interés, y mucho, en conocer sus interpretaciones. La razón es simple: uno siempre se vuelve más inteligente después de haber leído a Alberto Vergara. Buena lectura.